



Tlatelolco: ingenua visión de una ciudad posible

Héctor Antonio Sánchez

Restos del edificio Nuevo León del Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco, septiembre de 1985.
(Fotografía: John Barr/Liaison)

HACE CASI YA DOS AÑOS, la exposición *Arquitectura en México 1900-2010*, inaugurada en diciembre de 2013 en el Palacio de Iturbide de la ciudad de México, sorprendía al visitante con una imponente fotografía aérea del Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco: una imagen que conservaba el signo de vanguardia de aquel tremendo proyecto habitacional en la hora de su nacimiento (1964-1966). No poco llamaba la atención la elección de Tlatelolco como seña de identidad del quehacer arquitectónico en México durante el siglo xx, en que no fueron menores las aportaciones de nuestro país a la tradición moderna.

Desde su origen, el delirante proyecto de Mario Pani debió sortear la polémica y aun la adversidad: ya entonces se le acusaba de megalomanía y, más simplemente, de fealdad. La catástrofe de 1985, que tantas vidas cobró en el vecindario, sumó a estas acusaciones una más grave: la de las fatales omisiones de su ingeniería. El colapso y posterior demolición de tantas de sus estructuras volverían a la postre irreconocible la inicial modernidad del que naciera como el mayor proyecto de vivienda social en América Latina.

No fueron las únicas obras de Pani destruidas en el sismo. También en ese año pereció la torre de Aseguradora Mexicana, ubicada en Reforma y Lafragua —diseñada junto a Enrique del Moral—, y varios edificios de cuantos componían el Centro Urbano Presidente Juárez (1951-1952). Esta última mención es significativa. En realidad, el desarrollo de viviendas que resolvieran las necesidades de una metrópolis en aumento, con graves carencias para amplios sectores de su población, así como un trazo urbano que volviera la ciudad moderna un espacio más ameno, fueron preocupaciones constantes en la trayectoria de Pani, y dan de ello fe el Multifamiliar Alemán de 1947 —proyecto pionero en nuestra América, todavía en pie—, los condominios en Reforma 369, el frustrado plan vial e inmobiliario para el cruce de Reforma e Insurgentes, el trazo de Ciudad Satélite y, cómo no, el novedoso plan maestro para la Ciudad Universitaria.

Es imposible continuar esta exposición sin traer a escena las ideas de Le Corbusier. Después de todo, Pani tuvo por destino una de esas fructíferas confluencias de un talento indudable y una situación de privilegio. Hijo de cónsul, fue aceptado en la prestigiosa *École Nationale Supérieure des Beaux-Arts* de París en 1928, tras varios infructuosos intentos. Vladimir Kaspé lo recordaría como “un joven moreno, delgado y de talla mediana; de rasgos fuertes y equilibrados a la vez”. La Ciudad Luz era entonces el corazón de la neuralgia que después nombraríamos el movimiento

moderno en arquitectura, y aún resentía el embate de la emblemática Exposition Internationale des Arts Décoratifs et Industriels Modernes, de 1925.

En la sala Pleyel, Pani conoció de viva voz las novedosas ideas del arquitecto suizo, quien proponía tres principios a la arquitectura moderna: el desarrollo de vivienda social, como lo exigía la enorme empresa de reconstrucción tras la Primera Guerra, ansiosa de materiales y sistemas que permitieran la fácil edificación en serie; una nueva planeación urbana, que aligerara los congestionados centros de las grandes ciudades decimonónicas, y el señalado uso de formas cubistas en la vivienda privada, con estructuras dispuestas sobre *pilotis* y así la posibilidad de plantas bajas libres. No son otros los fundamentos que permiten, por ejemplo, el carácter aéreo del campus central de la UNAM.

En *Urbanisme*, Le Corbusier imaginó una *ville contemporaine pour 3 millions d'habitants*: un sueño tan paradójico y radical como premonitorio, según el cual la ciudad contemporánea, a fin de crear un espacio digno, debía aliviar la congestión de sus vetustos centros, aun al precio de su demolición: se requería optimar el uso del suelo mediante altos edificios; separar con áreas verdes a los diferentes sectores de población, de acuerdo a sus funciones (por ejemplo, las colonias de obreros se hallarían cerca del sector industrial), y apartar la circulación de peatones y automóviles. En el corazón de la ciudad confluirían las arterias del transporte en una gran terminal, flanqueada por rascacielos libres en su primera planta, que así permitieran el tránsito: trenes urbanos, autobuses, automóviles, y hasta un delirante aeropuerto en la cima. Para el suizo, esta solución de vivienda y cohabitación era de una importancia mayor: por ella era posible salvarse de graves tensiones y aun de revueltas sociales.

Tras su contacto con los arquitectos de Moscú y otros sectores de izquierda, Le Corbusier modificó sus propuestas hacia 1932, en la Ville Radieuse: casi los mismos principios que en la Ville Contemporaine, salvo en su disposición; ya no más una urbe centralizada

y elitista, sino una sucesión lineal de elementos, como el cuerpo de un hombre, a cuya cabeza se hallarían los rascacielos administrativos y cuyas partes estarían formadas por zonas residenciales. Le Corbusier adoptaba para ello las formas de edificios *à redents*, en zigzag, cuyos vértices crearían una suerte de bahías aprovechables para servicios comunes: canchas, jardines, áreas de circulación. Pues era su sueño una ciudad autosuficiente, que cubriera todas las necesidades y aficiones de sus habitantes, con espacios abiertos, con aire libre. Sí: Brasilia es la concreción más alta de estos ideales.

En 1947, ya establecido en México, Mario Pani fue llamado por la Dirección de Pensiones Civiles y de Retiro, el actual ISSSTE, que contaba en la Colonia del Valle con un terreno de 40 000 m², para desarrollar en él un conjunto de doscientas casas para sus trabajadores. El arquitecto hizo una oferta mejor: una gran unidad de edificios de departamentos: una “supermanzana”. Varias familias quedaban así vecindadas en un escaso uso del área, cuya construcción también reducía costos y liberaba amplias zonas de esparcimiento. Fiel a Le Corbusier, Pani dejaba libre la primera planta para otras necesidades: oficinas, lavanderías, escuela, negocios, que sumados a la alberca, las canchas, los jardines, convertían al Multifamiliar Alemán en una auténtica Ville Radieuse al interior de la ciudad de México; un núcleo habitacional autosuficiente.

La buena fortuna del proyecto desembocó en un nuevo encargo, el Multifamiliar Juárez (1951-1952), que continuaba los aciertos del anterior a una mayor escala: 19 edificios, 984 departamentos, 3 000 habitantes. Una pequeña ciudad en que el peatón no se topaba jamás con una vía automovilística: un túnel de alta velocidad atravesaba el predio a desnivel, por debajo de los edificios. Aquí Pani sustituyó la disposición en zigzag por estructuras rectangulares, en que aire y sol beneficiaran por igual a todas las viviendas, e integró con sabiduría y elegancia creaciones plásticas de Carlos Mérida: un afán por dignificar la vivienda cuyo testimonio perdimos,

junto a tantas vidas, en 1985, por el fatal deterioro en que se sumía el conjunto.

Algo fue distinto en Tlatelolco. Ciertamente, nadie parecía más adecuado que Mario Pani para realizar el enorme proyecto de recomposición urbana y desarrollo inmobiliario que buscaba desmembrar de una vez por todas la “herradura de tugurios” al norte del Centro Histórico. Pero frente al discreto encanto de su obra anterior, Tlatelolco se asentaba por igual en las orillas del gigantismo y del diseño de avanzada. Acaso lo primero era insalvable: después de todo, era un proyecto gubernamental, en una era en que el Estado mexicano buscó en la arquitectura un aliado de su grandilocuencia, del cual nuestro Museo de Antropología, más riguroso en el discurso político que en el histórico, es la muestra más notable.

De esta cercanía con el régimen provienen, acaso, los mayores reproches al conjunto. Se le acusa, aún a

la fecha, de haber incurrido en los excesos del funcionalismo internacional: de haber despersonalizado un amplio sector de honda raigambre popular y haberlo sustituido por un entorno anónimo, de proporciones inhumanas y aun amorfas.

Es difícil sopesar la balanza hoy, sobre un referente dos veces marcado por la tragedia. En todo caso, es claro que a la postre Tlatelolco conservó el espíritu de barrio, de núcleo propio al interior de la ciudad, que hubiera hecho las delicias de su diseñador. Desvencijada su forma, parece un acto de arqueología resucitar lo que fue en su origen: una noble, e ingenua, visión del futuro, la visión de una ciudad posible, en que sus habitantes pudieran acceder a una vivienda propia y digna. Una tierra prometida en que la arquitectura, más allá del insalvable orden económico y político que por desgracia le es marco, volviera a su función primera: contener el espacio, y restituirlo. Hacerlo, otra vez, un espacio humano. **▲▲**

Restos del edificio Nuevo León del Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco, septiembre de 1985. (Fotografía: Roland Neveu/Liaison)

